

Exilios de lo mínimo, las letras del desarraigo de Tununa Mercado

*Exiles of the minimum, the words of
Tununa Mercado's uprootedness*

Mariela Cecilia Avila

Universidad de La Frontera, Temuco, Chile

ORCID: 0000-0002-9347-2191

Date of reception: 17/01/2024. **Date of acceptance:** 04/07/2024.

Citation: Avila, Mariela Cecilia. "Exilios de lo mínimo, las letras del desarraigo de Tununa Mercado". *Revista Letral*, n.º 34, 2024, pp. 46-68. ISSN 1989-3302.

DOI: <http://dx.doi.org/10.30827/RL.voi32.29970>

Funding data: The publication of this article has not received any public or private finance.

License: This content is under a Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International (CC BY-NC 4.0) license.

RESUMEN

La escritora argentina Tununa Mercado es una de las primeras mujeres en el Cono Sur Latinoamericano que ha hecho de su experiencia exiliar un problema de análisis y trabajo. Este escrito pretende acercarse a su narrativa, especialmente a los textos autobiográficos sobre el exilio –*En estado de memoria, La letra de lo mínimo y Narrar después*– asumiendo que esta vivencia ha atravesado toda su obra. A partir de una clave de lectura hermenéutico-filosófica centrada en el desarraigo –que operará como categoría vinculante de las experiencias– revisaremos la narrativa de Mercado sobre el tiempo y el espacio en el exilio, su relación con la escritura, en tanto letra de lo mínimo, y la imposibilidad de un retorno que anule el destierro. Finalmente, abordamos la figura de lo mínimo en sus dos variantes, asumiendo que el desarraigo –al igual que el exilio– tiene distintas formas que se despliegan en relación con cada trayectoria subjetiva.

Palabras clave: Tununa Mercado; exilio; desarraigo; escritura.

ABSTRACT

The Argentinean writer Tununa Mercado is one of the first women in the Latin American Southern Cone that had made of her exile experience a problem of analysis and work. This paper aims to approach to her narrative, especially to her autobiographical exile's texts, –*En estado de memoria, La letra de lo mínimo y Narrar después*– assuming that this experience goes through all her work. From an hermeneutical-philosophical reading key centred on uprooting, that will act like a binding category of experiences we will review the link that Mercado proposes between time and space in exile, her relationship with writing, as the words of the minimum, and the impossibility of a return that annuls exile. Finally, we address the figure of the minimal in its two variants, assuming that uprooting –like exile– has different forms that unfold in relation to each subjective trajectory.

Keywords: Tununa Mercado, exile, uprooting, writing.



*Este trabajo fue apoyado por la ANID bajo el fondo de investigación FONDECYT Regular N° 1221175 "Filosofía y exilio. Reflexiones en torno a narraciones de pensadoras exiliadas a uno y otro lado del Atlántico".

Introducción

Las narraciones de Tununa (Nilda) Mercado atraviesan distintos temas y anidan en diversas vivencias y, sin embargo, pareciera ser que una de ellas atraviesa casi la totalidad de sus escritos: tal es la experiencia del exilio. Con un lenguaje sencillo, trenzado en una narrativa ágil, la escritora argentina pone en palabras diferentes vivencias propias y compartidas de sus años de desarraigo, que comprenden las expulsiones de dos procesos históricos.

El primero de estos procesos responde a las expulsiones masivas derivadas de la autodenominada Revolución Argentina, que derrocó al presidente Arturo Illia en 1966, instaurando una dictadura militar hasta el año 1973. La tristemente reconocida Noche de los bastones largos, en la que se intervino la universidad pública argentina, fue el comienzo de un éxodo masivo de intelectuales, conocido como una fuga de cerebros, que duraría hasta 1983 (Persson 206). Como lo cuenta la misma Mercado en una entrevista con Eugenia Argarañaz (2018), este proceso de intervención fue el que apuró su salida junto a su pareja Noé Jitrik y sus hijos hacia Francia, donde permaneció hasta 1970. Sobre este periodo, en otra entrevista, dice la autora: “La gran adquisición durante el llamado primer exilio, aunque exilio verdadero fue sólo el segundo, del que no se podía volver, fue aprender francés [...]” (Mora 77).

Luego de pasar apenas cuatro años en la Argentina, Mercado vivió el segundo de sus exilios, que se extendió entre 1974 y 1987 en México. Ahora bien, antes de ser expulsada, la escritora trabajaba como periodista en el diario *La Opinión* en la ciudad de Buenos Aires, manteniendo vínculos políticos y afectivos con importantes intelectuales de la época como, por ejemplo, Rodolfo Walsh, Juan Gelman, Paco Urondo y Osvaldo Soriano. Sin embargo, esta carrera como periodista quedó suspendida por la violenta y urgente salida hacia México, lo que también ocurrió con su incipiente carrera como escritora, pues en 1967 había publicado el texto *Celebrar a la mujer como a una pascua*, que le había valido una mención en el concurso Casa de las Américas de ese año.

En el 1974, el contexto político de la Argentina era violento y complejo, pues tras la muerte del entonces Presidente Juan Domingo Perón, el poder quedó en manos de la vicepresidenta, Isabel Martínez de Perón. En este periodo comenzaron los exilios

masivos, los secuestros y las torturas -que recrudecerían con el golpe cívico-militar de marzo de 1976. Ya en el año 1974 se habían conformado la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina) y otros grupos paramilitares en las provincias del país, que operaban violentamente sobre una parte de la población sin ningún tipo de referente legal. Por lo anterior, y en relación al análisis que aquí llevamos a cabo, indicamos que, si bien el último Golpe cívico-militar fue en 1976, ya en otros trabajos (2019, 2021, 2022a, 2022b), y acordando con Marina Franco (2008), hemos retrotraído el estudio sobre exilio al año 1974, pues la violencia que ya imperaba en aquellos años obligó a miles de hombres, mujeres y niños al desarraigo.

Ante esta escena política, Tununa Mercado parte junto a sus hijos a México, donde ya se encontraba su pareja trabajando. Pese a la interrupción vital que implica todo desarraigo, y más aún, si su origen es violento, en el caso de Mercado, podemos decir que la impetuosa partida hacia la capital azteca no detuvo su escritura, pero que sí le otorgó nuevas formas y profundidades. Si durante este periodo ella no publicó ningún texto propio, su vínculo con la escritura se mantuvo a través de los diversos trabajos vinculados a las letras que allí desempeñó. Entre ellos destaca su oficio de escritora “fantasma”, de escribana para otros que hacían propias sus palabras y las presentaban como tales. También durante esos años fue editora de la revista FEM, lo que la acercó a los procesos feministas de la época en América Latina y trabajó en prensa, en la Dirección de Artes Plásticas del Instituto Nacional de Bellas Artes de México. En este marco laboral, Mercado siguió desplegando distintas formas escriturales, pero no sería hasta el momento del retorno a la Argentina al final de la dictadura, cuando publicaría sus propios textos dando pie, según ella misma, al inicio de su carrera de “escritora”¹. Fue ese retorno, cimentado por la vuelta de la democracia al país, el que permitió la creación y publicación de sus obras, que se sumaron al de otras y otros retornados que volvían a su patria y, de algún modo, también a su posibilidad de retomar la palabra.

¹ En una conferencia dictada en el año 2006 en el Museo Roca, al interior de las Jornadas “Historia, género y política en los 70”, Mercado dice lo siguiente: “Habrían de pasar muchos años, casi toda la década del 70, para que naturalmente admitiera consignar el oficio de ‘escritora’ en la línea punteada de un formulario” (Mercado *El vuelo de la pluma* 205).

Ahora bien, el interés de este trabajo reside en revisar y reflexionar sobre las escrituras exiliares de Tununa Mercado. Esto responde, en principio, al hecho de que ella es una de las primeras mujeres latinoamericanas que, habiendo sufrido el exilio, hizo de su experiencia un tema de análisis y escritura. El trabajo de Mercado, que se inserta en un *corpus* de narrativas testimoniales del exilio altamente masculinizado, otorga a este problema otras honduras y aperturas, y permite pensar y comprender este castigo político desde las narrativas de una mujer. En este marco, es importante destacar que el trabajo de la autora no alude solamente al momento del exilio, sino también a sus consecuencias políticas y subjetivas, incluyendo el retorno, lo que expresa una compleja y rica trama espacio-temporal.

Dado lo anterior, y con una metodología hermenéutico-crítica, se revisarán los textos de Mercado que tratan de modo específico sobre el exilio de una forma personal, autobiográfica y casi confesional, como diría María Zambrano (2004), por lo que se deja de lado su producción vinculada a la ficción. El primero de estos trabajos, *En estado de memoria*, escrito en 1987 poco tiempo después del retorno, fue publicado en 1990, y sobre él dice Mercado, “[...] el libro es una suma de episodios sueltos, aunque dentro de la misma ‘madre’” (Pfeiffer 138). Bajo nuestra interpretación, la madre es, precisamente, la experiencia del exilio, porque es la gestante de una narrativa que emana de la experiencia del desarraigo. El segundo libro, que es también un compendio de narraciones se titula *La letra de lo mínimo*, y fue editado en el año 1994. Finalmente, en el año 2005 Mercado publica *Narrar después*, donde el problema del exilio continúa apareciendo en la mayoría de los textos de esta compilación. Si bien se podría considerar parte integrante de este análisis su novela² “Yo nunca te prometí la eternidad”, publicada en el año 2005, en esta investigación hemos optado por tomar solo aquellos escritos que tienen un corte autobiográfico. Por ello, estos tres textos, que son compendios de escrituras no necesariamente vinculadas, y que se mueven en diversos registros lingüísticos, son las narrativas exiliares de Tununa Mercado sobre la que asentaremos principalmente esta

² Aludiendo a la mencionada dificultad para clasificar algunos de los trabajos de Mercado, Bocchino dice sobre “Yo nunca te prometí la identidad”: “No es una novela. Tampoco una biografía. Menos un ensayo. Imposible hablar de cuentos. No tiene las maneras de la poesía. «Las piezas buscarán ensamblarse», dice. Entonces podemos pensar en un trabajo en proceso” (2011b, 82).

investigación, aunque acudiremos a sus otros escritos cuando sea necesario. Del mismo modo, revisaremos las numerosas entrevistas que ha dado Mercado a lo largo del tiempo, así como otras que han aparecido en compilaciones de libros o en revistas, y en las que, de alguna u otra manera, la experiencia del exilio se encuentra siempre presente.

Para ir entrando en materia, acudimos a un pasaje presente en *La Letra de lo mínimo* (2003) donde la autora narra su infancia de provincia y recuerda a los vecinos y a las visitas ilustres que pasaron por su casa de la infancia en Córdoba (Argentina). Entre ellos destaca al único español que allí conoció, León Felipe, uno de los más connotados poetas del exilio de la Guerra Civil. Este relato muestra de modo aleatorio –pues no es su centro ni su fin–, cómo la infancia de Mercado se cruzó con la ancianidad de un exiliado español quien, en 1938 y en plena Guerra Civil, volvería a México –pues ya había habitado allí– y dejaría España para siempre. Felipe muere en el año 1968 en México, y apenas 6 años después llega allí otra exiliada, una joven mujer argentina, con quien ya había cruzado su existencia siendo ella una niña. Si bien Mercado no pasó el resto de su vida en México, como sí lo hizo Felipe, al igual que él habitó el llanto y el desarraigo.

Aunque en este relato se muestran algunas constantes de la narrativa exiliar de Mercado, tales como el tiempo y la escritura, el desarraigo se constituye como una clave –o concepto convocante como ella diría–, que permite una articulación con otras variables presentes en su escritura, que serán vistas con su lente. Esta categoría permitiría un análisis hermenéutico-filosófico de una obra que, a partir de experiencias mínimas, pero no nimias, va mostrando el modo en que se despliega y opera el castigo político del exilio. Así, el tiempo, el espacio exiliar, el habitar, una escritura de lo mínimo y la (im)posibilidad del retorno, son algunas de aquellas vivencias atravesadas por el desarraigo que Mercado ha plasmado en su escritura. No obstante, la senda analítica que aquí proponemos no busca explicar o agotar su escritura exiliar, sino revelar algunos de los jirones, restos y rastros de sus memorias escriturales de mujer³ para tratar de comprender,

³ Hemos abordado ya el vínculo de las mujeres con el exilio y con las narrativas sobre este castigo político. Al respecto véase: Avila, Mariela. “Las mujeres y sus experiencias del exilio. Una aproximación filosófica”. *Eidos*, n.º 41, 2024, 179-199 y Avila, Mariela. “El doble exilio de las mujeres: itinerarios de la

desde un *estado de memoria*, el exilio, sus experiencias y sus consecuencias. Para explicitar el acercamiento que aquí se hace a la memoria, nos sumaremos a las siguientes palabras de Mercado:

La memoria para mí es algo fundante. Soy memoriosa y eso condiciona mi manera de vivir. No necesariamente es vivir en el pasado, sino que el pasado es testigo, aquello que sostiene el pensamiento, la marcha intelectual, la escritura, todo lo que tiene que ver con la producción de sentido. Entonces la memoria es tutorial, y surge de manera espontánea (Argarañaz 116).

Así, partiendo de este *estado de memoria*, que oficia como tutorial y productor de sentido y comprensión, comenzamos este acercamiento reflexivo al proceso exiliar de Mercado.

El desarraigo del espacio y el tiempo, o la imposibilidad de habitar

Al pensar en la experiencia del exilio, uno de los términos que emerge casi inmediatamente es el de desarraigo: quien ha padecido este castigo político -una expulsión sin un retorno posible- expresa la sensación de haber sido arrancado, esto es, de ya no tener raíces ni asidero en la tierra que da estabilidad y cobijo. Cuando alguien es expulsado de su patria, no solo se quiebra su relación con la ciudadanía y el respaldo jurídico que otorga el pertenecer a un Estado-nación, sino también la continuidad espacial -evidente por el desplazamiento-, y la temporal, que atañe a la ruptura de una linealidad histórica. El castigo del exilio implica el alejamiento de la propia tierra, del espacio cotidiano compartido con otros en el que las existencias tienen sentido, se proyectan y se despliegan las historias ajenas, propias y compartidas. El tiempo, el espacio, lo cotidiano y la historia se rasgan a partir de una decisión unilateral, que implica un alejamiento del territorio y, con ello, un corte de cuajo de los proyectos personales, colectivos y políticos. El chileno Jaime Hales lo expresa de la siguiente manera: “Porque el exilio es el desarraigo, es la separación del lugar físico donde se asientan las raíces históricas de

expulsión”. *Estudios de Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*, n.º 24, 2022, pp. 1-11.

cada persona, su ambiente natal, sus primeras conexiones emocionales” (Hales 135).

Si se realiza un análisis etimológico, y se retira el prefijo “des” de la palabra desarraigo, se observa que lo que se niega es el arraigo. En principio, el término arraigo tiene la raíz “raix” que significa, precisamente *raíz*, y el prefijo “ad” que denota *hacia* y se interpreta como un “echar raíces”, tal es también el significado que le otorga la RAE. Entonces, el significado primario de arraigo lleva en sí la idea de raíz porque, precisamente, su significado alude al acto de echar raíces, de penetrar y asentarse en la tierra. Una joven Simone Weil lo expresa de la siguiente manera:

Echar raíces quizá sea la necesidad más importante e ignorada del alma humana. Es una de las más difíciles de definir. Un ser humano tiene una raíz en virtud de su participación real, activa y natural en la existencia de una colectividad, que conserva vivos ciertos tesoros del pasado y ciertos presentimientos del futuro (49).

Las palabras de Weil aluden al arraigo como una necesidad fundante, que une a una comunidad con una historia compartida y que posee una proyección hacia el futuro. El exilio interrumpe precisamente estos procesos, aniquilando toda posibilidad de compartir una historia y de construir un proyecto político común. Mercado, sensible a esta experiencia, en un texto llamado “El frío que no llega”, presente en la obra *En estado de memoria*, explica esta sensación en vínculo con el devenir temporal:

El tiempo del exilio tiene el trayecto de un gran trazo, se extiende según un ritmo amplio y abierto [...]; el tiempo sucede más allá, en otro sitio, se lo oye transcurrir en los silencios de la noche, pero se lo aparta, no se lo quiere percibir porque se supone que el destierro va a terminar, que se trata de un paréntesis que no cuenta en ningún devenir. (Mercado, *En estado de memoria* 23)

El espacio y el tiempo personal y colectivo se ven diezmados por el destierro, lo que les hace perder todo asidero, toda territorialidad. El tiempo transcurría en otro lado, dice Mercado, allá, donde la existencia era parte de algo mayor que se aunaba al propio devenir histórico. Durante el desarraigo el tiempo parecía

no contar, pues se lo percibía como un breve paréntesis, como una excepcionalidad suspendida con un pronto y seguro fin. Las ansias de un exilio breve, que permitieran el retorno, dieron paso a la certeza de que nada ocurriría tan rápidamente. El inevitable devenir temporal propició una inversión, pues a la vez que liberaba su irrefrenable transcurrir en el país de acogida, encerraba en otro plano la vida antes del desarraigo. Por eso, aquello que parecía una suspensión del devenir, se convirtió en el transcurrir mismo del tiempo, de un “tiempo otro” (Avila, *De exilios y tiempo otro* 129). A esto parece referirse Bundgård cuando, aludiendo a la experiencia de la filósofa española exiliada durante la Guerra Civil María Zambrano, indica: “Después del destierro, el exiliado vive con la experiencia de que el tiempo se agota, que vive muriendo, como enmurallado o ‘enmurado’ [...] abierto a la emergencia del ser en situaciones límite y cerrado a la realidad exterior, a las circunstancias y a la historia” (12).

Sin embargo, y como ya se mencionó, la dilación experimentada por las y los exiliados no fue solo temporal, sino también espacial, pues la tierra propia había quedado allá, en otra parte, tal como lo expresa la poeta uruguaya también exiliada Cristina Peri Rossi, cuando dice: “Tengo un dolor aquí, / del lado de la patria” (17). Esa patria, esa tierra bajo los pies que era el suelo propio, que sostenía la casa, los afectos y las cosas, ya no estaba, ahora se habitaba un espacio provisorio que, sin embargo, comenzó a albergar las huellas, los cuerpos y las sensaciones de las y los exiliados. Asumir este cambio de estatuto no fue fácil, incluso, en muchos casos, esto fue abiertamente combatido. En una narración que lleva por nombre “Esa mañana en la que creí estar en Asia”, Mercado muestra la reticencia de los exiliados a habitar el espacio de acogida, así como la intención de llenar toda ausencia de lo propio con “la pasta argentina” (Mercado, *Narrar después* 117), obteniendo, por lo demás, trágicos resultados. Seguramente cada comunidad de exiliados tuvo su propia pasta que, quizá como un mecanismo de defensa, se materializaba bajo una pasta chilena, otra uruguaya, cuyo fin, como dice Mercado, era rellenar los huecos, revitalizar los recuerdos, las vivencias y asumir costumbres antes ignoradas o desconocidas, pero que en la distancia del exilio cobraban casi un estatuto de ritual o tradición.

Ahora bien, ante esto se podría pensar que quizá era el espacio del exilio el que se resistía a ser apropiado y, sin embargo, las narrativas dan cuenta de lo contrario, pues muestran una

evidente imposibilidad o resistencia de las y los desarraigados para asumir ese espacio como propio. No en pocos relatos Mercado alude a sus experiencias al respecto, centrando su reflexión en las casas y evidenciando cómo esos espacios que simbolizan el habitar, en su caso, denotaban un claro rasgo de desposesión: “[...] no aparecía en mí la voluntad de hacerme de una casa o, mejor dicho, de hacer mía la casa que ocupaba. Ese deseo obliterado causaba la sensación de vivir, desde siempre, en una provisoriedad total, sin arraigo a los sitios, sin fijación a los objetos” (Mercado, *En estado de memoria* 83).

La situación de Mercado no varió en las distintas casas que habitó durante el exilio, pues tanto las reales como las oníricas –que formaban parte de sus pesadillas–, se iban sucediendo entre el sueño y la vigilia, mostrando la provisoriedad de la existencia y la imposibilidad de arraigo. Y si bien la autora remonta la desposesión a su horizonte vital, esto parece haberse profundizado durante el exilio, asumiendo finalmente su “cuerpo de pobre” (Mercado, *En estado de memoria* 31) desde una dimensión existencial. Esta necesidad de no aferrarse a las cosas, o de no poseerlas, aparece en otros testimonios de exiliadas y exiliados, como el de la escritora argentina Cristina Siscar, quien resume el destierro como “Un descentramiento, un vacío y una desposesión” (Siscar 58).

Esta sensación de desposesión que se encuentra presente en las narrativas de las y los exiliados, en el caso de Mercado se vincula directamente con el habitar, o más precisamente, con la imposibilidad de habitar. Este impedimento se materializa en las casas, que no solo remiten a un pasado o un presente, sino también a un futuro, lo que le impide asentarse en alguna marca temporal. Para la autora las casas guardan cosas, que pueden quedar reducidas a doce baúles herrumbrados, llenos de papeles que, a su vez, guardan lo que alguna vez fue una existencia en una casa ya perdida, poniendo en funcionamiento un mecanismo de eterno desarraigo.

Alberto Giordano en el año 2001 –antes de la publicación de *Narrar después*– analiza las pistas arrojadas por Mercado y relaciona esta experiencia con una condición cuasi ontológica:

El desarraigo del exilio no es para Mercado una vivencia articulable dentro de un relato con comienzo y fin, sino una experiencia que se sustrae y al mismo tiempo desborda cada uno de los presentes encadenados por el relato, algo que no termina de

pasar, que todavía pasa entre el sujeto de las vivencias y él mismo, porque tiene la paradójica e inquietante actualidad de lo que insiste fuera del tiempo (Giordano 115).

Convenimos con Giordano cuando indica que el desarraigo es la experiencia de la que Mercado parece dar cuenta durante la totalidad de su existencia; sin embargo, agregamos aquí, que el exilio es el tamiz por el que criba tal existencia. Porque si el desarraigo es una condición actual que insiste por fuera del tiempo, también lo es el exilio, en tanto configurador de su escritura.

El desarraigo como forma de escritura

Exilio, desarraigo, escritura, tales son los conceptos convocantes de este apartado, que mediante acercamientos y separaciones buscan dar luces sobre la forma escritural de Tununa Mercado. En gran medida, fue la experiencia del desarraigo una suerte de disparador de la escritura, pues el exilio operó como un catalizador de su narrativa. Sobre esto, en un texto de reciente publicación, expresa lo siguientes:

Quienes teníamos entre treinta y cuarenta años, sin proponérselo, tuvimos nuestro tiempo productivo. No me parece que esa franja haya frustrado los deseos de escribir, o que el desarraigo y la pérdida los haya paralizado. Los duelos fueron argamasa, la melancolía suele ser pródiga y los bienes que reparte nunca son insignificantes (Mercado, *El vuelo de la pluma* 206).

Como bien indica Mercado, para una generación de intelectuales jóvenes exiliados, el desarraigo y la pérdida no operaron como una paralización de la escritura, sino que, por el contrario, las experiencias de sufrimiento y melancolía cimentaron una productividad que asumió todas estas variantes. Esto puede verse con claridad en la escritura de Mercado, quien a partir de sus experiencias exiliares se desplaza modificando la linealidad del tiempo, aunque siempre retornando a un lugar que podríamos catalogar como “infancia desarraigada”⁴ al considerar el

⁴ Sobre este retorno a la infancia Mercado dice: “Todo el tiempo sé que esa niña que yo era deja de serlo cuando la narro, que en esa búsqueda seguiré

vínculo entre el psicoanálisis y la infancia⁵. Esto cobra mayor relevancia si se considera la afirmación de la autora de haber “preservado la posibilidad de un análisis a través de la escritura” (Pfeiffer 136), lo que da cuenta, más allá de ciertas experiencias fallidas, de la importancia que tienen en su narrativa la terapia psicoanalítica y el lugar del conocimiento y reconocimiento. Sin embargo, al indicar que la objetivación de la experiencia puede convertirse en una obliteración, ella continúa buscando la mediación del análisis cuando “subrepticia, trato de apropiarme de la atención de los psicoterapeutas, deslizándoles el tema del arraigo-desarraigo” (Mercado, *En estado de memoria* 42).

En conversación con Erna Pfeiffer, Mercado expresa que su vínculo con el psicoanálisis no logró ser colmado, sobre todo al momento de la vuelta a la Argentina, y no por la terapia en sí, sino por su imposibilidad de llenar las expectativas de sufrimiento postexiliario que esperaban encontrar en ella los terapeutas. Luego de un primer encuentro fallido con un psicoanalista, Mercado recurre a una amiga del rubro, quien la avasalla con preguntas sobre su futuro. Ante esto la escritora sufre una evidente angustia, que finalmente la lleva a enunciar su necesidad:

Con esfuerzo, y luego de una inmersión en mi alma, como ante un confesionario, dije que lo que a mí me interesaba era escribir, fundamentalmente escribir, sintiéndome desdichada y miserable, queriendo huir cuanto antes y al borde de las lágrimas, pero por buena educación me quedé aún un tiempo con esta amiga de ojos inquisitivos que siguió enumerando oportunidades y que ante mi principal interés no supo qué decir (Pfeiffer 43-44).

perdiéndola, y la melancolía que ese imposible provoca es, paradójicamente, inenarrable. No hay Ravel para mi propia pavana” (*El vuelo de la pluma* 331).

⁵ Para el psicoanálisis la importancia de la infancia surge por encontrarse asociada a los estadios, complejos procesos o fases que determinan la estructura psíquica de una persona. El psicoanalista colombiano Edgard Acuña Bermúdez (2018) se refiere a esto indicando que: “la infancia gesta el futuro del individuo durante todas las etapas de la vida y la importancia que tiene esta para determinar la estructura de personalidad del ser humano, destacándose que la gran mayoría de los procesos psíquicos tienen su origen en la infancia.” (327) y luego agrega “La apuesta de la infancia está inscrita en atentar con el tiempo y su cronología. La polémica no está en lo consciente pedagógico, sino en la postura lingüística, en la lógica subjetiva que juega con el tiempo y su ritmo” (329). Esto último se observa con bastante claridad en el caso de Mercado, donde el retorno a la infancia es un espacio del lenguaje que muestra las disrupciones temporales de una subjetividad desarraigada.

Este interés, la escritura, había siempre acompañado la existencia de Mercado, tomando diferentes formas y emergiendo de diversos modos. Durante su estancia en México, por ejemplo, vivió una etapa de latencia de la palabra, que comenzó a tomar cuerpo al momento del retorno, pero que, sin embargo, no hubiera sido posible sin ese maceramiento previo. En la capital azteca establece nuevas mediaciones con la palabra como redactora, escritora fantasma o nodriza y como periodista, lo que mantendrá ese vínculo con la escritura. Sobre esta etapa dice “Debo haber empezado a escribir mi libro aunque no lo escribiera desde el primer día que llegué a México. Escribir no siempre es escribir sino ver de un modo que no por indefinido es menos certero: registraba, dejaba entrar, clasificaba y en algún lugar ese acopio se producía” (Mercado, *Narrar después* 47). Si bien reconocemos la valía de la escritura de Mercado previa al exilio, aquí sostenemos que esta sufre una reconfiguración a partir de la experiencia del desarraigo. Este desplazamiento escritural se relaciona con todos los padecimientos vividos durante ese periodo, que se constituyeron en un fundamento de su narrativa en gestación. Las letras de esta etapa llevan en sí una recuperación de lo perdido, pero también de lo ganado, y esto último, en su caso, se relaciona directamente con un proceso creativo que lucha contra la desmemoria y la desobjetivación:

En el centro del exilio está la melancolía, ese sol negro [...] quien escribe en el destierro recupera en cada línea de su escritura lo que le han quitado; le quitaron su casa, lo despojaron de su tierra, pero ha ganado un territorio y una casa y, ciertamente, un recinto nuevo, una caja que yo llamo “caja de escritura” en la que pacientemente, en alto y por ancho, en superficie y en volumen, se erigirá un mundo. Contra el tiempo y contra la muerte, quien escribe desde la experiencia del exilio, quien es en sí mismo exilio, tiene asegurada la fuente (Ferrero, 2015).

Mercado escribía sin escribir en su caja de escritura, se llenaba de nuevas visiones, sonidos, experiencias, y en este sentido, es innegable la impronta de México como entorno cultural, no solo en el ámbito de su escritura, sino también en su forma de percibir el mundo. Esto se hace patente en sus palabras, cuando en el primer intento por definir el exilio en su libro *En estado de memoria*, acude a un mural del pintor mexicano Diego Rivera:

El exilio se me aparece como un enorme mural riveriano, con protagonistas y comparsas, líderes y bufones, vivos y muertos,

enfermos y desposeídos, corroídos y corrompidos (...) En el mural hay un ancho por un alto, un comienzo y un final, y lo que resalta en el paño acotado y lo que vibra en el paisaje es irremisiblemente la melancolía” (Mercado, *En estado de memoria* 23).

La relación de Mercado con la cultura mexicana, y en particular su apreciación de un mural riveriano en vinculación al exilio, ha sido ya analizada en diversos trabajos⁶. Sin embargo, aquí nos interesa centrar la atención en la variedad de personajes y en ciertas nociones que en este análisis ella expresa, como la de enormidad, melancolía y los límites que encierra esta pintura, que le otorgan un principio y, sobre todo, un final. Retomando la afirmación de la autora de que el tiempo en el exilio transcurre en otro lado, se observa en la descripción de este mural una suerte de cambalache –usando lenguaje rioplatense– donde la mezcla de personajes es lo preponderante de la escena. Los trazos gruesos que delinean a los protagonistas –los que se ubican en una escala de calamidades–, se unen con la noción que envuelve la apreciación: la melancolía. El exilio se asemeja entonces a una tela tendida que, si bien tiene sus propios límites y reglas, mantiene un espacio y un tiempo acotados del que los personajes no pueden salir, quedando atrapados en una eterna recursividad. Tal recursividad podría ser el desarraigo, pues, aunque el exilio, como el mural, tenga un fin, esa vivencia que insiste desde afuera, como diría Giordano, configura la mezcla de tiempos, espacios y culturas.

Así, la impronta mexicana se cuela en la escritura de Mercado, tiñendo su mirada de sabores, colores, texturas, e impresiones, dando cuenta de la influencia que tuvo esta cultura en sus modos de hacer y decir. Y si bien a partir de ese primer vínculo que hace Mercado entre el exilio y el muralismo se podría pensar que la suya es una letra de lo máximo, en realidad, su interés está posado en el detalle, en lo pequeño que emerge desde el suelo – como ella misma dice–, para luego dirigirse hacia arriba.

Es en la tierra de acogida dónde Mercado tiene la posibilidad de juntarse con esos detalles mínimos que persigue y que

⁶ Revisar especialmente el capítulo “La reproducción del vacío como situación propia del exilio: En estado de memoria de Tununa Mercado” de Susanna Bachmann, que se encuentra presente en su libro *Topografías del doble lugar. El exilio literario visto por nueve autoras del Cono Sur*. Zaragoza, Libros Pórtico, 2002.

componen su experiencia vital y escritural: el arte, el lenguaje, la comida, el tejido, el dato ínfimo, pero cuidado. En una entrevista que le hace Erna Pfeiffer en 1993, Mercado indica lo siguiente:

Por otro lado, en México tuve una experiencia textil muy importante: cuando llegué aprendí en un taller a tejer gobelino, la técnica francesa más extrema y más perfecta, que no admite error, mis compañeros eran tejedores de sarape de Oaxaca y yo me pasaba las horas en el espacio mínimo de una trama y una urdimbre. Siempre me fascinó en México la poética de lo pequeño, del detalle, la pequeña cosa, contrastada con el espacio arquitectónico grandioso o con la pintura mural (Pfeiffer 137).

La escritura de Mercado se vincula con lo mínimo a partir del cuidado que ella despliega sobre los sucesos, que luego de una incubación, emergen a la luz bajo la forma de narraciones convocantes. Esto es posible por su salida del gueto argentino durante el exilio, por la huida de esa pasta argentina que se instalaba como la única posibilidad de identidad vital en el desarraigo, negando todo espacio a otras formas de vida. A partir de esta *letra de lo mínimo* la percepción escritural de Mercado no es amiga de la impresión inmediata o de la mera repetición, sino que, para emerger, requiere de un proceso que se acuna en el tiempo del reposo:

Escribir lo mínimo es previamente haberlo atesorado, haberlo dejado en una latencia que se parece bastante a la maceración de los alimentos: un buen día, provocados por el acto de escribir, esos refugios se abren o transparentan sus muros y dejan ver una filigrana cuya existencia nunca se sospechó [...]. La filigrana, si se la quiere escribir, exige una apropiación minuciosa, lentes de enorme grosor, lupa de gran alcance para poder percibir lo que se sustrae, no tanto para negarse como para dejarse desear (Mercado, *Narrar después* 15).

La figura de la filigrana define muy bien la escritura de Mercado, una escritura que sin quererlo trasluce un género, un yo mujer que va componiendo un relato, donde la autora, aunque sea tácitamente, está siempre presente. En este sentido, se podría decir que, en general, la escritura exiliar opera como una forma de reconstitución subjetiva que, a través de la palabra, va armando un relato que a la vez rearma un sujeto. Al igual que en el análisis, lo importante es el proceso, esto es el relato, y no el fin

en sí mismo. Es Adriana Bocchino quien cita las siguientes palabras de Mercado: “La escritura es trabajo de análisis en la medida en que regenera lo que está dañado” (“Escritura como lugar...” 97). De hecho, ella indica que la escritura tiene un rol de reconstitución, que durante el desarraigo exiliar le sirvió de anclaje para una existencia que había cortado todo vínculo con el lugar de origen y con lo cotidiano.

Precisamente, entre las varias cosas dañadas por el exilio que enuncia Mercado, lo cotidiano tiene un espacio particular en su narrativa. Incluso en su primer escrito, ese anterior al primer exilio, *Celebrar a la mujer como una pascua*, lo cotidiano aparece con fuerza en el relato, materializado en un cúmulo de prácticas asociadas a lo femenino: las llamadas tareas del hogar. Si bien en este primer escrito las vivencias “de las mujeres” tienen un vínculo con lo erótico, su enunciación forma parte de una cruzada de revalorización de lo mínimo que Mercado emprende desde los orígenes de su narrativa, quizá de modo inconsciente. Es en este sentido que anuncia la naturalidad del vínculo entre lo cotidiano, anclado en lo mínimo, y su escritura: “Un tipo de relaciones que habían surgido espontáneas, como, por ejemplo, la presencia de lo político en la vida personal, cotidiana, muy doméstica casi, y en ese sentido un modo de vivir las relaciones políticas atravesadas por lo que antes llamaba lo pequeño, lo mínimo palpable y medible” (Pfeiffer 138).

Lo mínimo, pero no nimio, aparece en la narrativa como una forma de re arraigo del sujeto exiliado que ha quedado con sus raíces descubiertas. Pareciera que la pulsión por lo cotidiano configurado en el detalle ínfimo, ha estado siempre presente en la escritura de Mercado y, sin embargo, ha sido el desarraigo el ámbito de guarda que ha macerado su escritura, para luego dejarla emerger a plenitud.

El re-arraigo y su (im)posibilidad

Habiendo tratado el desarraigo como una suerte de catalizador de la escritura, en el caso de Mercado es lícito preguntarse si la vuelta al territorio posibilitó un re-arraigo, permitiendo que esas raíces que habían quedado en el aire se embutieran en el suelo considerado propio.

En este sentido, se podría especular que la experiencia del des-arraigo se suspende cuando el exiliado vuelve al país, al propio espacio, cuando camina por sus calles y se encuentra con el postrero mundo cotidiano. En muchos casos las y los exiliados que volvían a sus países pensaron y esperaron que el retorno operara como un bálsamo que iba a cerrar las grietas y permitir una continuidad, que sería como un puente que uniría el pasado con el presente, dejando entre paréntesis el tiempo del exilio. Sin embargo, el retorno pareció propiciar todo lo contrario, el pasado anhelado no se pudo recuperar, así como tampoco se pudieron reestablecer muchas de las relaciones humanas previas al exilio. Aunque la desconfianza y el temor eran sensaciones que se vivían en los momentos previos al exilio, quienes las propiciaban pertenecían al sector que detentaba el poder y la violencia y, sin embargo, al momento del retorno, tales malestares parecían haberse instalado en la totalidad de la sociedad. Poco y nada quedaba de la resistencia y de los proyectos políticos previos a la partida. El tiempo del desarraigo había cambiado a las y los exiliados, pero la tierra que los recibía era también otra. Esta situación es retratada por la filósofa exiliada chilena Cristina Hurtado, quien llama al retorno “segundo exilio”, y describe este proceso de la siguiente manera: “Para el exiliado que vuelve a su país, ese retorno es un segundo exilio o, mejor dicho, el exilio por excelencia. Es aún más exilio, pues él creía encontrar a ‘su país’” (Hurtado 49).

Esto mismo muestra Vladimir Jankélévitch (1983) con el caso de Ulises, quien retorna a Ítaca siendo otro Ulises, pues es un hombre que ha vivido y envejecido; lo mismo le ocurre a Penélope, quien es una mujer diferente, e incluso, la tierra que lo recibe ha cambiado también, ya no es “su tierra”. El tiempo en y del exilio transcurrió irrefrenablemente, así como también lo hizo por otra senda el tiempo en el lugar de origen. Estos espacios y tiempos que corrían en paralelo no se cruzaron, y cada uno de ellos fue dejando sus marcas y efectos. De manera gráfica podríamos decir que cuando un cristal se quiebra, por más que se lo pegue, las marcas de la ruptura permanecen allí y según la luz se refleje en él, las cicatrices se harán más o menos visibles. Algo similar ocurre con las subjetividades exiliadas, pues la ruptura de las historias propias y compartidas no se puede enmendar sin más, porque hay tiempos y vivencias trascurridas que no pueden obviarse y que, por su sola existencia, modifican el presente. A esta imposibilidad de costura invisible, hay que sumar las condiciones materiales que acompañaron a las vitales, y que marcaron

los derroteros de las dificultades de la vuelta. Mercado, recurriendo nuevamente a la metáfora de la casa, expresa la sensación del retorno: “Para el que regresa el país no es continente y de nada valdrá que pretenda confundirse en las estructuras permanentes; no hay caja, no hay casa donde meterse” (Mercado, *En estado de memoria* 92).

En el caso de Mercado, el retorno se relaciona directamente con su imposibilidad de habitar, pues pareciera que no es la vuelta al país -que no es lo mismo que el fin del exilio- lo que le permite finalmente llegar a lo propio. Para Mercado no hay una casa que detenga el desarraigo y que le otorgue un sentido de pertenencia, ni siquiera el departamento al que llegó a su regreso a Buenos Aires, porque como dice Rhonda Dahl Buchanan: “la autora seguía existiendo ‘a la intemperie,’ como una naufraga a la deriva en alta mar” (27). Esa intemperie en la que vive la autora, se replica en numerosos testimonios y pareciera traspasar al exilio mismo, porque finalmente, ser exiliada o exiliado, es una condición existencial en la que el cuerpo no deja de estar presente y hace síntoma del retorno:

Si alguien atribuye las enfermedades que se producen al regresar al país después de años de destierro al regreso, por lo general oye una serie de argumentaciones tranquilizadoras. Oír decir, por ejemplo, que la enfermedad es algo aparte [...] sin que importen las latitudes ni las geografías y, menos aún, se pensará que estas enfermedades son propias de la indefensión que se declara masivamente en el cuerpo y en el alma cuando se toca suelo argentino (Mercado, *Narrar después* 203).

En general, el retorno no fue una experiencia fácil, hubo quien eligió no volver, quien lo hizo y partió nuevamente, y quien regresó a su tierra. Así como los exilios son múltiples y personales, también lo son las trayectorias y las experiencias del retorno, sin embargo, pareciera que “Aun cuando el exiliado se figura ya antes de volver que no logrará adaptarse fácilmente, la (re) integración parece ser un proceso duro y dramático” (Bachmann 172). Múltiples testimonios dan cuenta de esta sensación, la de la imposibilidad del retorno, que pone en evidencia la inexistencia de un punto cero al que volver, la inexistencia de un espacio que acoja a quien busca hundir nuevamente las raíces en la propia tierra. Como vimos, Mercado remarca: “el país no es continente [...], no hay caja, no hay casa dónde meterse” (Mercado, *En*

estado de memoria 92), pues el país expulsor no reconoce a quien ha obligado a ser extranjero y no le ofrece un espacio en el que anidar o rearraigar. La propia Mercado cuenta en una entrevista cómo al principio del retorno estaba siempre presente la posibilidad de una vuelta a México, “el país que gravitaba en esos primeros años del regreso como una madre sustituta” (Gómez 117).

La potente sensación de un nuevo desarraigo que sufren los exiliados al llegar al propio país implica, como dice Bachmann (172), una impresión de extranjería, pues quien vuelve ha asimilado una cultura otra y la porta consigo. El momento del retorno marca una figura del arraigo y del desarraigo a la vez, pues en el país de acogida, el desterrado pudo encontrar un espacio y, sin embargo, un nuevo movimiento, esta vez voluntario, genera una nueva partida. No son menores los vaivenes subjetivos que el proceso del retorno desencadena, y que perturban cualquier intento de estabilidad identitaria y emocional. La autora cuenta cómo encontró un papel escrito antes del regreso dentro de un libro, que contenía tres preguntas, coincidiendo cada una de ellas con una etapa del exilio: el momento de la llegada, el de su duración y “La tercera pregunta: “¿Qué somos ahora? ¿A quién le pregunto? Es la del regreso a la Argentina” (Mercado, *Narrar después* 47). Estas últimas preguntas están encadenadas a la sensación de no pertenencia que implicó el retorno, a una imposibilidad de ser recibidos porque, como vimos, “A los que se fueron, el país no podría acogerlos como hijos pródigos; no hay una práctica en ese sentido” (Mercado, *En estado de memoria* 92).

La narrativa de Mercado, con su *letra de lo mínimo* da cuenta de este difícil proceso de regreso, en el que la corporalidad tiene un lugar central, pues se manifiesta a partir de lo que recibe y de lo que añora, de las prácticas y experiencias que se volvieron cotidianas y que, al regresar, debieron ser abandonadas. El juego se invirtió y lo que se extrañaba al inicio del exilio, esa añoranza de lo propio cobró otro cariz con el retorno, pues lo que comenzó a faltar fue el detalle de lo adquirido a fuerza de adaptación, aquello que por adopción se había convertido en propio también. Sobre esta sensación dice Mercado: “La nostalgia no se extingue y hay que decir que la Embajada de México en Argentina democrática supo sostener con naturalidad ese tono que expresaba el sentimiento de quienes habíamos regresado” (*Narrar después* 134). Nostalgia de México, de sus costumbres, sabores, colores, de sus cosas mínimas, que como hemos dicho, no son lo mismo que

nimias, aunque quizá, en un punto sí lo sean. Si revisamos el significado que el diccionario de Corominas le otorga al término nimio, observamos que proviene del latín, del adjetivo *nimius* que significa demasiado o excesivo. Este fue el uso inicial, pero “por una mala inteligencia” (Corominas 228), su sentido alude a algo que es insignificante o no posee gran importancia. Entonces, en su origen, nimio proviene de *nimius*, que significa excesivo, y, sin embargo, con el tiempo el término mutó en su contrario, y hoy se relaciona con lo insignificante o lo pequeño.

En este escrito, hemos sostenido que las letras de Mercado son una escritura de lo mínimo, del detalle, de la filigrana y la paciencia. Hemos indicado también que lo mínimo no es nimio, pensando siempre en la acepción actual del término y, sin embargo, hay un caso en el que vamos a contradecirnos, o mejor, vamos a volver al sentido primario del término, que como se indicó más arriba, implica algo excesivo o abundante.

Ciertamente, reflexionando filosóficamente podemos decir que para los exiliados que retornaron, lo mínimo se volvió nimio, en el sentido de cuantioso, lo que se dejaba atrás no era menor, por el contrario, era algo excesivo, sobre todo si se considera que este nuevo desplazamiento implicó un nuevo desarraigo. Esta nueva partida fue también un abandono doloroso, porque lo que las exiliadas y los exiliados dejaron atrás fue nimio, demasiado grande, pues involucró un segundo desarme material y subjetivo, para lograr un nuevo y ansiado rearme, esta vez en suelo propio. En este sentido, podríamos decir que la nimiedad que implica el retorno es aquello que no permite la supresión del desarraigo. Y esto, finalmente, porque quien ha sido desarraigado, no pierde jamás esta condición. A esto parece referirse Mercado cuando recuerda: “Adolfo Sánchez Vázquez, filósofo español, nos dijo alguna vez a los exiliados argentinos en México: ‘Esa marca nunca se borra, esa herida nunca se cura’. Siempre estará allí, y siempre se dejará oír su demanda: Soy vacío. Complétame”. (Ferrero 198).

Conclusión

Como hemos aquí mostrado, la narrativa de Tununa Mercado se encuentra atravesada por la experiencia del exilio, lo que se hace patente en la mediación que establece entre sus vivencias y la

escritura. Su narrativa sigue una temporalidad que no es lineal, y que, sin mayores pretensiones, va dibujando palabras que, a su vez, trazan paisajes y tiempos, cuyo eje gravitante es la experiencia del desarraigo. Los relatos exiliares de Mercado, que no son uniformes ni correlativos en el tiempo, unen sucesos atados a lo mínimo, que quizá puedan parecer nimios en el sentido de insignificantes, pero que en ningún caso lo son, pues expresan los devenires de una subjetividad desarraigada, que a través de la escritura busca reconstituirse.

El desarraigo ha sido aquí la clave de lectura utilizada para el análisis de un *corpus* de trabajos sobre el exilio, y ha permitido seguir el derrotero narrativo de Mercado sobre este castigo político. A través de este concepto convocante hemos pesquisado el modo en que Mercado esboza sus vivencias sobre el exilio, el vínculo que esta experiencia mantiene con la escritura, así como también, la imposibilidad de un retorno que contrarreste el desarraigo. Plasmando sus impresiones sobre las dislocaciones espacio-temporales que impone el exilio, Mercado da cuenta de la falta de suelo y de casa que tienen los desterrados, lo que parece agudizarse al momento del retorno, cuando lo conocido se convierte en desconocido.

A pesar de estas complejas experiencias, Mercado destaca también la fecundidad que trajo consigo el exilio que, en su caso, se tradujo en lo que podríamos llamar una acumulación de la escritura. Es en México, país de asilo, donde la autora potencia su mirada sobre el detalle, sobre las cosas mínimas que, finalmente van a guiar su modo de percibir el mundo y también de escribir. La cultura mexicana afina esa percepción propia de Mercado sobre lo pequeño, sobre lo ínfimo, que esconde una riqueza insospechada en su determinación y que podría pasar desapercibido para quien no mira hacia abajo, hacia un universo en apariencia pequeño, pero lleno de sentido. Mercado mira hacia abajo, recoge, atesora, guarda las palabras, las expresiones, las vivencias durante su tiempo en el exilio, hasta que, al momento del retorno, comienzan a brotar, a caer a borbotones, hasta dar cuerpo a una escritura que una vez que ha abierto sus compuertas, ya no puede cerrarlas.

En el caso de Mercado, la escritura, se convierte, como ella misma indica, en “un gesto de supervivencia” (Mercado, *Vuelo de la pluma* 250), ya que “sería el acto de dar forma a ese objeto del deseo y de la pérdida” (Mercado, *Narrar después* 170). Un objeto, o muchos objetos que buscan ser recuperados, tanto al

momento de la partida como al momento del regreso. Y que, sin embargo, en el retorno por la nimiedad –excesividad–, de lo que se abandona ahora voluntariamente, un arraigo no es posible. No obstante, el retorno trae consigo otras formas de arraigo que, en el caso de Mercado –y no solo en el suyo–, toman cuerpo en la escritura, en la posibilidad de la palabra. Por eso, cuando Albino Gómez le pregunta en una entrevista de 1999 por el motivo de su retorno, Mercado simplemente responde: “¿Para qué regresé entonces? Regresé para escribir” (Gómez 120).

Bibliografía

Acuña Bermúdez, Edgard Alfonso. “La infancia desde la perspectiva del psicoanálisis. Un breve recorrido por la obra clásica de Freud y Lacan; Klein y los vínculos objetales”. *Tiempo psicoanalítico*, n.º 50, vol. 1, 2018, pp. 325-353.

Argarañaz, Eugenia. “‘La escritura es erótica, es el trazo que dispara el deseo’: Entrevista a Tununa Mercado”. *Anclajes*, vol. XXII, n.º 2, 2018, pp. 115-127.

Avila, Mariela. “Las mujeres y sus experiencias del exilio. Una aproximación filosófica”. *Eidos*, n.º 41, 2024, pp. 179-199.

Avila, Mariela. “El doble exilio de las mujeres: itinerarios de la expulsión”. *Estudios de Filosofía práctica e historia de las Ideas*, n.º 24, 2022, pp. 1-11.

Avila, Mariela. “Exilio y tiempo otro. De partidas y regresos”. *La experiencia del exilio y el exilio como experiencia*, Mariela Avila y Braulio Rojas (eds.), Santiago, Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, 2018, pp. 129-144.

Bachmann, Susanna. *Topografías del doble lugar. El exilio literario visto por nueve autoras del Cono Sur*. Zaragoza, Libros Pórtico, 2002

Bocchino, Adriana. “Escritura como lugar de arraigo en el exilio. Tununa Mercado y María Negroni”. 452ºF. *Revista electrónica*

de teoría de la literatura y literatura comparada, n.º 4, 2011a, pp. 92-109.

Bocchino, Adriana. "Las lenguas del exilio en 'Yo nunca te prometí la eternidad'". *Jornadas Nacionales de Literatura Comparada*, La Plata, 2011b, pp. 80-86.

Bundgård, Ana. "Expresión del desarraigo en el exilio". *Aurora*, n.º 14, 2013, pp. 8-16.

Dahl Buchanan, Rhonda. "Las casas del exilio: 'En estado de memoria'" de Tununa Mercado". *Letras Femeninas*, n.º 28, 2, 2002, pp. 11-34.

Corominas, Joan. *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*. Madrid, Gredos, 1997.

Franco, Marina. *El exilio: argentinos en Francia durante la dictadura*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

Ferrero, Adrián. *Desplazamientos: viajes, exilios y dictadura*. La Plata, EDULP, 2015.

Giordano, Alberto. "Tiempo del exilio y escritura de los recuerdos: 'En estado de memoria', de Tununa Mercado". *Iberoamericana Nueva época*, n.º 1, vol. 1, 2001, pp. 113-120.

Gómez, Albino. *Exilios (Porqué volvieron)*. Santa Fe, Homo Sapiens Ediciones, 1999.

Hales, Jaime. "Del exilio interior". *El exilio latinoamericano en México*, Carlos Rubio Vejar Pérez (ed.). México, UNAM, 2010, pp. 133-146.

Hurtado, Cristina. "El segundo exilio: el retorno al país", *Filosofías del exilio*, Valparaíso, Edeval, 1993, pp. 49-63.

Jankélévitch, Vladimir. *L'irréversible et la nostalgie*. Paris, Flammarion, 1983.

Mercado, Tununa. *Celebrar a la mujer como a una pascua*. La Plata, Ediciones Al Margen, 2007.

Mercado, Tununa. *En estado de Memoria*. México, UNAM, 1992.

Mercado, Tununa. *La letra de lo mínimo*. Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2003.

Mercado, Tununa. *Narrar después*. Capital Federal, Beatriz Viterbo Editora, 2005.

Mercado, Tununa. *El vuelo de la pluma*. Buenos Aires, Miluno Editorial, 2021.

Mora, Gabriela. "Entrevista a Tununa Mercado" *Hispanamérica*, n.º 62, vol. 21, 1992, 77-81.

Peri Rossi, Cristina. *Estado de exilio*. Madrid, Visor, 2003.

Persson, Micaela. *El Drenaje de Cerebros: una aproximación holística de la realidad argentina*. Centro Argentino de Estudios Internacionales, 2006, pp. 1-39.

Pfeiffer, Erna. *Exiliadas, Emigrantes, Viajeras. Encuentro con diez escritoras latinoamericanas*. Madrid, Iberoamericana, 1995.

Zambrano, María. *La confesión: género literario*. Madrid, Siruela, 2004.